

mo? Las madres, los principios sanos. ¡Ah! si éstas inculcasen á sus tiernas hijas sin cesar que el mayor dote de una mujer es la castidad, el pudor y la honradez, el cristianismo no tendria que llorar la degradante posicion que tienen en la sociedad esas mujeres desgraciadas que se prostituyen al crimen por vivir con lujo y ostentacion; no tendríamos que lamentarnos al ver que las ciudades más opulentas sufren el oprobio de ver sus mejores calles manchadas con esas moradas de ignominia; no tendríamos el disgusto de ver al lado de una casa honrada, donde los niños no ven sino ejemplos de virtud, otras que reducen estos ejemplos á quimera por sus palabras, sus ademanes y hasta sus acciones, que, con escándalo de la razon, de la humanidad, del decoro, de la conciencia pública, de las naciones, de la Religion y de nuestras instituciones, vemos realizarse en esta nuestra hermosa ciudad. No dando á las niñas tiernas la educacion que es debida, necesariamente han de prevalecer las perversas inclinaciones sobre la gracia de Dios. ¿Cuánto más sucederá esta desgracia si directamente no aprenden las niñas otra cosa que el amor del mundo, el amor de la hermosura, el amor del lujo y de la vanidad? ¿Qué ha de ser el bello sexo cuando desde su niñez y pubertad no aprende á presentarse en público sino cargada de perfumes, de afeites y hasta de colores postizos? ¿Qué ha de ser, cuando si se le inspira algun pudor, es mezclado de hipocresía, sin enseñarle que en público y en secreto, en las tinieblas y en la luz, hay un ojo perspicaz, el ojo de Dios, que todo lo ve y examina? ¿Qué ha de ser el bello sexo, cuando por sus mismas madres es conducido de teatro en teatro, de sarao en sarao, de reunion en reunion, donde luzcan sus gracias, su falsa hermosura, sus fingidos donaires, sus galas y trajes? Nos admira la corrupcion del siglo; todo hombre pensador teme hoy una gran ruina para la humanidad; mas ¿quién es la causa? Las doctrinas im-

pías, la revolucion de ideas, el cinismo de la filosofía, es verdad; pero estas perversas ideas no se realizarian en gran parte si á las mujeres se las inspirase desde su cuna la fidelidad á Dios, el pudor y la firmeza contra los asaltos de los impúdicos; porque, señores, no nos engañemos: quitad la materia de la sensualidad, y ya no habrá un solo impío ni un solo incrédulo en el mundo, porque hasta hoy no ha habido uno solo de éstos que no haya sido libertino, ó, mejor dicho, que no haya sido impío para ser sistemáticamente voluptuoso. Ahí teneis la verdad que tenía que decir.

He visto surgir en vosotros una duda: al ver el amor puro de María, habeis creido que es inimitable; es un error, porque en la casa de Dios hay muchas mansiones; el amor de María para con Dios fué tan intenso y extenso, que casi queria rivalizar con la naturaleza del divino para con ella; pero al fin era amor limitado; no podemos llegar al punto donde él subió, pero podemos imitarlo; si no deseamos amar á Dios como fue amado de María, nunca tendremos aquel amor de amistad que nos une con Dios; nunca empezaremos á perfeccionar nuestras almas: estamos en medio de un mundo bullicioso y seductor; no importa: San Pablo tambien vivia en este mundo, y nos decia que podemos vivir entre sus riquezas y entre sus glorias sin mancharnos, ántes al contrario, contrayendo más mérito. ¿Cómo? Oid sus palabras: «Tendreis siempre tribulaciones; pero sabed que el tiempo es corto; lo que resta es que los que tienen mujeres sean como si no las tuviesen; los que lloran, como si no llorasen; los que se alegran, como si no se alegrasen; los que compran, como si no poseyesen, y los que usan de este mundo, como si no usasen, porque pasa la figura de este mundo.» Viviendo de este modo, en todos los estados de la vida se ama á Dios y se gana el cielo, que deseo á todos. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE

LA PURIFICACION DE MARÍA SANTÍSIMA.

Et dixit ad Mariam matrem ejus: Positus est hic... in resurrectionem multorum.

Y dijo Simeon á María, su madre: «Sabed que este niño está destinado á ser la causa de levantamiento de muchos.»

(S. Luc., cap. II, vers. 34.)

Ni el denso velo del cuerpo, ni la lóbrega estrechez de un establo, podían encubrir largo tiempo á la inmensa luz que en ellos se abrigára. El sacramento de piedad en que Dios se manifestára en carne, y en que ha sido justificado en espíritu, ha sido visto de los ángeles, ha sido predicado á los gentiles, ha sido creído en el mundo, ha sido recibido en gloria; no podía ménos de derramar copiosos destellos de luz en los momentos de su aparicion. La solitaria gruta de Belen era el sagrado lecho del sol divino, que, como el astro del dia, con suavísimos rayos formaba la risueña aurora de la gracia, á la cual seguirse debiera la iluminacion del mundo. El pesebre y los pañales fueron suficientes para convencer al pastor sencillo de la Palestina, y la estrella instruyera al sabio del Oriente, conduciéndolo á la morada oscura del Monarca recién nacido. Preciso era manifestarse ya al mundo con todo el aparato propio del Rey pacífico; preciso era salir de entre las pajas de la cuna, dirigirse á la populosa Je-

rusalen, penetrar por sus puertas y calles, llegar al santuario, y pregonar altamente que la noche habia pasado y se acercaba el dia. Para esta augusta proclamacion de la Era de la gracia, en que se manifestaba cuánto Dios haria por el hombre y cuánto el hombre podia hacer para sí mismo, era indispensable que concurriesen los objetos más caros al hombre; la razon para ser ilustrada, la Religion para ser ensalzada, la profecía para ser testigo, el santuario para dar mayor solemnidad al pregon divino que iba á hacer resonar las bóvedas, y el pavimento y el sacerdocio para que trasmitiesen íntegro á los pueblos el depósito de la verdad. Todo esto veo yo en la entrada del Niño Jesus en el templo, reclinado en los brazos de su Madre, recibido en los del soberano Pontífice, acompañado del Patriarca José y de la profetisa Ana.

¡Qué espectáculo tan bello! ¡Qué misterios tan consolatorios se nos revelan en el momento de la presentacion de Jesus en el templo! Entra Dios en el sagrado recinto, donde su gloria se viera muchas veces clara y ostensible, y, sin embargo, no lleva á sus átrios otro aparato que los sollozos de la infancia y la vileza de los pañales; lleva María sobre su seno la más sagrada víctima, y, con todo, ni ésta va coronada de flores, ni se ve la muchedumbre del pueblo, ni se oyen los cánticos de los levitas, ni los ecos de las cítaras y salterios. Toda la ostentacion de esta ceremonia es la pobreza; todo su haber son dos tórtolas; toda su gloria exterior está cifrada en la humildad y modestia. Pero apénas ha llegado este Niño á la presencia del tabernáculo, la abyeccion exterior desaparece ante la gloria de la Divinidad, que empieza á descubrirse; aquél que sollozara cuarenta dias en el triste ámbito de un portal, es declarado el consejero, el admirable, el Dios, el fuerte, el padre del siglo venidero, el príncipe de la paz; aquel que ha recibido homenaje entre animales estúpidos, es proclamado Señor de toda

la naturaleza y ángel del Testamento; si hubiese querido hablar á los sentidos, habria entrado en Jerusalem precedido de ejércitos brillantes, de músicas sonoras, de ministros y privados; hubiera llamado en torno suyo á la multitud, prometiéndola gloria y felicidad temporales; pero Dios queria hablar á la razon humana: desde el principio de su vida mortal queria anunciar al hombre que estaban siempre vigentes sus derechos, que tenía su alma la más extensa libertad para elegir lo bueno ó lo malo, y que él no venía sino á presentársele como un sol que iluminaria al mundo, y cuya luz no podria ocultarse sino á quien voluntariamente cerrase los ojos de su entendimiento. Por esto, en cambio de todo aparato exterior, llama á su lado al sacerdocio, y á la profecía, y á la Religion y á los que la profesan, para que la razon humana, altamente ilustrada por la revelacion, diga quién es este niño, cuyas apariencias son tan poco relevantes á los sentidos y al mundo. ¿Qué anuncio publica esta razon iluminada por la fé? Dice que este Niño está puesto para ser causa de levantamiento de muchos: *Positus est hic in resurrectionem multorum.*

Si el santo Simeon lo toma en sus brazos, y sin fijarse en las lágrimas que derrama, ni en la carne mortal que lo cubre, sólo contempla su poder divino, y como si viera ya sus glorias y triunfos, como si fuera testigo ocular de las contradicciones del pueblo, de la abolicion del sacerdocio de Aaron, del incendio de Jerusalem deicida y de la ruina de cuantos perseguirian á Jesus, da el fallo terrible que han de sufrir miles de generaciones, que han de perecer por no querer ser iluminadas con los esplendentes rayos de esta luz celestial; nada se esconde en aquel momento á la razon humana ilustrada por el espíritu divino; la reprobacion del judaismo, la adopcion de los gentiles, la aniquilacion de la idolatría, la gloria del apostolado, los tiempos de los mártires, los

lauros de las vírgenes, la paz, la dicha, la gloria, las sólidas grandezas del hombre, todo es publicado á la faz del mundo como el gran objeto de la venida de Jesus y de la imitacion de los hombres. Así habla Dios al entendimiento humano al entrar en el templo de Jerusalem: *Positus est hic in resurrectionem multorum.*

Hé aquí, señores, un asunto de la mayor importancia para la sociedad y para el hombre; voy, pues, á dilucidarlo, demostrando que Jesus es el principio de salvacion para los buenos. Saludemos ántes á su Santísima Madre, uniendo nuestra voz á la del ángel.

AVE MARÍA.

Si el raciocinio humano es infalible en las ciencias exactas, y da fallos positivamente ciertos en algunas materias, ¿cuánto más lo será la razon divina? Voy á ilustrar mi proposicion. Hay ciencias naturales que estriban en principios universales y verdaderos, cuya emanacion no tiene otro origen que la razon divina, comunicada en parte al entendimiento humano; puestos en accion estos principios generales y verídicos, las consecuencias que deduce un criterio sano, necesariamente están revestidas del mismo carácter que sus antecedentes; el discurso humano sabe infaliblemente que tres y dos no pueden ser cuatro, sino cinco; sabe que no puede haber efecto sin causa; sabe que la materia es incapaz de raciocinio, y que el espíritu no es divisible ni está sujeto á la corrupcion. Con las solas luces de la razon conocemos estos principios, y al ponerlos en relacion con sus efectos, la razon habla y decide de un modo naturalmente infalible. Circunscrito el hombre á este círculo de ciencias naturales, y discurrendo en conformidad con las verdades inconcusas, su razon no puede ménos de pronunciar fallos ciertos. Saliendo de su esfera, ya no sucede así; lo so-

brenatural y divino pertenece á otra region, en la cual no es dado penetrar al entendimiento criado; si ha de querer columbrar las verdades que allí existen, es preciso que oiga atentamente la voz divina, pues sin esta luz no verá sino tinieblas y caos. Esta luz es la de la revelacion; Dios, cuyo círculo de operaciones es lo inmenso, lo infinito y lo eterno, quiso que ningun espíritu criado penetrase en el santuario de sus obras, porque así lo exigia necesariamente su ciencia divina, y así lo exigia tambien la limitacion del hombre; pero al mismo tiempo plugo á su bondad dejar oír su voz y manifestar á la criatura racional verdades eternas de esfera sobrenatural, inaccesibles al hombre, pero naturales á Dios; porque en Él la sabiduría y la infalibilidad son más naturales que lo es en el hombre el discurrir. Cuando el hombre habla lo que Dios le ha revelado, sus palabras son infalibles, porque son palabras de Dios. Entónces el espíritu limitado es conducido por el divino á otra esfera que no alcanzará con sus propias fuerzas; se interesa en los arcanos de la sabiduría increada; el porvenir es para él un acto presente, cuyas partes no se le esconden: Dios lo ilumina para que pueda ver los sucesos futuros, y sus palabras son otras tantas verdades y profecías, de las cuales se ha de realizar hasta el último ápice.

Este suceso lo vemos cumplido en la Iglesia, la cual, no obstante de estar compuesta de hombres falibles, tiene el don de la infalibilidad cuando decide en materias de dogma y moral; otro tanto se ve en aquellos hombres, tan felices como raros en las generaciones antiguas del pueblo judáico, á quienes Dios hablaba en cierto modo cara á cara, y á cuyos libros damos un crédito divino, cuyas sentencias son infalibles, cuyas profecías, ó se han cumplido, ó se han de cumplir; tanto importa que el libro esté firmado por el pastor Amós, como por el sacerdote Ezequiel ó el rey David; sus sentencias son infalibles,

por haber sido dictadas por el que es esencialmente sabio y veraz, por el Espíritu divino.

Para que esta verdad se os haga sensible, amados míos, os pido en este momento que aviveis vuestra fé; tomad en vuestras manos esta antorcha esplendente; llegaos al templo de Jerusalem; el Verbo eterno por quien todas las cosas fueron criadas, Aquel que es la palabra del Padre, Aquel que en mil tipos y de muchas maneras hablara á los Patriarcas y Profetas, ha enmudecido; toda su accion está reducida á sollozar, estando fajado entre pañales, no de otro modo que lo fuimos nosotros cuando por primera vez saludamos con nuestros lamentosos vagidos al mundo de que somos moradores; pero bajo estas apariencias de abyeccion que examinan nuestros sentidos, hay escondida una virtud inmensa, que no se esconde á las penetrantes miradas de la fé. En efecto: la voz del Padre celestial está limitada por entónces á los órganos sensitivos de la humanidad de su Hijo: Éste no habla, porque es niño; pero suspira, porque es Dios: Simeon lo tomó en sus envejecidos brazos, y al contacto de esta augusta persona, como si hubiese tocado un globo eléctrico, un fuego divino invade todas las partes de su alma, cuyo ardor da nueva animacion á su rostro venerando; sus mejillas se sonrosan, sus labios se abren con expresion, aquellos ojos casi extinguidos y ocultos entre los párpados de cien años, vibran como dos luceros de la mañana, y despues de brotar dos torrentes de lágrimas de gozo, despues de mil ósculos con que acaricia al niño que sostiene, se encumbra sobre cuanto existe en la tierra, entra su espíritu en el santuario de los oráculos divinos, alza el espeso velo encubridor de los sucesos futuros, y pronuncia una sentencia definitiva de lo que ha de ser el hombre por toda una eternidad. ¡Ah! En un dia de tanto gozo no quisiera yo acibarar vuestras alegrías, amados míos; dos palabras dice el venerable Pon-

tífice: una es triste, otra jocunda; una inspira terror, otra confianza; una es la herencia de los réprobos, otra la de los escogidos; una es la necesaria consecuencia del crimen, otra el premio de la virtud: un momento solo ha sido suficiente para que Simeon recorra dos espacios que distan infinitamente entre sí: el infierno y el cielo; ve la humanidad dividida en dos secciones para siempre: los unos se han condenado á desventuras sin fin, los otros se embriagan en raudales de gozos inefables, y los primeros no son infelices sino por haber contradecido al Niño divino que por salvarlos se humanara, siendo los demás dichosos por haber humillado su cerviz al suave yugo de su ley. Este Niño, dice Simeon, está puesto para ser la causa de la ruina y del levantamiento de muchos. No es Simeon la causa primera de estas palabras proféticas; porque si él llevaba entónces en sus manos á Dios-Niño, cuya lengua estaba paralizada entre la debilidad de la infancia, Dios animaba aquella venerable ancianidad, y hablaba por ella, como dice el sublime Agustin.

Hémos aquí trasladados á un horizonte divino, en donde nada puede hacer el hombre con su propia accion; pero Dios habla y decide, apareciendo la verdad por todas partes como luminosa estrella, que muestra el camino al navegante nocturno: si creemos en estas palabras, y seguimos la huella que nos demarcan, entónces se cumple infaliblemente cuanto nos dice por la boca del sacerdote Simeon: «Nuestra grandeza, nuestro ensalzamiento, nuestra glorificacion nos están aseguradas en Jesus.» *Positus est hic in resurrectionem multorum.* Sí; el Primogénito entre los predestinados, desde que se halla en los brazos de Simeon, es el prototipo que han de imitar los hombres para salir conformes á la imágen del Hijo de Dios. Antes hiciera ya cosas admirables: al entrar en las entrañas de María, humillara toda su grandeza á la pequeñez de la